

El género visto desde la ventana del alma propia

M.Ed. Dunia Navarro Ramírez¹

Recibido: 23/04/2013 Aprobado: 24/09/2013

Resumen

El siguiente ensayo es una reflexión personal sobre el tema de género y cómo este ha marcado la vida de la autora, para lo cual hace un recorrido de su sentir, apoyada por visiones de la infancia, que le permiten reconocer la incorporación de patrones culturales en los seres humanos y marcas de las diferencias de género; muchas veces influenciadas por valores androcéntricos.

El trabajo pretende hacer consciencia sobre la necesidad de reconocer las características femeninas y masculinas que los seres humanos poseemos, y que nos convierten en individuos únicos. A la vez, intenta concientizar sobre la importancia de de-construir el concepto de género que cada individuo tiene a partir de una observación con un sentido nuevo y así promover una relación diferente entre los seres humanos por medio del rescate de valores matrísticos.

Palabras clave: Género, masculino, femenino, valores matrísticos

Abstract

The following paper is a personal reflection on the theme of gender and how it has marked the life of the author. Her feelings and visions of childhood are used to identify the way cultural patterns are internalized among human beings shaping gender differences under the androcentric perspective. In this sense, the present paper aims to create awareness about the need to assume male and female characteristics as particular unique features of human beings. Therefore, it is proposed the need to deconstruct the traditional concept of gender through the rescue of matristic values.

Key Words: Gender, male, female, matristic values.

Y ASÍ COMENZAMOS A MARCAR LAS DIFERENCIAS

Sentada frente a la ventana, que mira dentro de mi alma, pienso sobre “género” y viene a mi memoria los recuerdos de infancia, cuando de chiquilla me encantada juntarme a jugar con niños y niñas del

barrio. En aquella época, a nadie le importaba nuestras diferencias biológicas; lo único que valorábamos era ese instante para compartir el juego, la vida y el disfrute.



Imagen 1. El caminar por la vida de la autora. Fotografía tomada en finca privada en Las Musas, San Pedro de San Ramón, Alajuela, Costa Rica (Guzmán, N. Luis Esteban, 2012, inédita).

¹Docente asociada e investigadora del Departamento de Ciencias de la Educación, Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente. Correos: dmnavarror@yahoo.com/ dmnavarror@gmail.com

Pero, al llegar a la escuela, aprendo entre los libros de ciencia, que desde el momento del nacimiento: el ser humano viene dotado de una serie de características morfo-genéticas, ya establecidas, que determinan su sexo, y se fortalecen y complementan cuando el ser humano inicia el reconocimiento del mundo. De este modo, comienzo a entender por qué dentro de mi ser existen fuerzas que me dan coraje, fortaleza, y otras que me hacen llorar, y me mueven hacia la ternura que despierta el ser madre por primera vez o el ver la belleza de una flor, la caricia de un ser amado, entre otros.

En este caminar, que ha sido mi vida, he incorporado muchas veces, sin realmente ser consciente, patrones culturales de conducta que constituyen la base de mis creencias, que como

verdades, muchas veces no he cuestionado, porque las he aceptado como parte de la cotidianidad.

Y así con dolor, dejé de disfrutar los ratos de juego con mis amigos varones, y me dediqué a compartir solo con mis amigas. El juego compartido en la calle de mi barrio había pasado ya a ser un juego de muñecas o de casita (como todas lo llamábamos), porque las mujeres debíamos jugar aparte de los varones, ellos con sus carros y bolas, y nosotras entre trastos e imaginarias cenas que nos preparábamos a nosotras mismas o imaginarios invitados especiales, que acudían hambrientos a nuestras cocinas; en aquellos años no tan lejos en mi conciencia.

En esa época, las diferencias de género estaban sumamente marcadas, las mujeres podíamos



Imagen 2. Fotografías que ilustra un rostro femenino costarricense (Guzmán, N. Luis Esteban, 2012, inédita).

expresar nuestros sentimientos internos como la tristeza, por medio de las lágrimas, sin que recibiéramos algún reproche, pero los hombres, pobres hombres, se tenían que reprimir, so pena de ser tildados de una forma despectiva:

“mujercitas”, porque eso del llanto era cosa solo de mujeres.

Pero los tiempos van cambiando, y ahora los hombres y mujeres comprendemos, que a pesar de

las diferencias biológicas, existen otros aspectos emocionales que compartimos y debemos fortalecer sin temor.

Ya en el presente, vuelvo mi mirada hacia los maestros y maestras que comparten sus estudios e investigaciones conmigo, por medio de la lectura que hago de sus obras: Harding, Morín, Díaz, Kosco, entre otros; quienes refieren cómo, durante muchos siglos, las mujeres estuvimos invisibilizadas por la historia, la cual meramente se enfocaba en el hombre, como ser dominante y artífice de ella. En la escuela aprendíamos sobre grandes hombres que habían dejado su huella en la historia de la humanidad, y pocas o ninguna referencia a mujeres.

Las mujeres, por muchos años, fuimos excluidas de las esferas públicas, del conocimiento científico, y la creación de este. Solo se nos daba importancia, como madres que debían estar en sus hogares al cuidado del hombre, proveedor y defensor y de sus hijos/as.

Así, muchas mujeres fuimos formadas, lamentablemente, pensando que nuestro lugar de realización personal dentro del cosmos, se circunscribía a la casa, como espacio físico, y a las labores que ella conlleva; producto del patrón cultural que se nos había inculcado, por nuestros padres y madres, y apoyados por los medios de comunicación, que presentaban y fortalecían más las diferencias.

Desde pequeñas, muchas se predeterminaron a creer que esta era la única función que les correspondía dentro de la red de interconexiones que es la vida. Especialmente si procedían de familias con una cultura patriarcal, fuertemente arraigada, donde el padre se constituía en la figura de poder: la cabeza del núcleo familiar.

La educación, desafortunadamente en muchos casos, ha fortalecido el patriarcado, a partir de un orden de relaciones jerárquicas existentes, donde se propicia la discriminación femenina por el poderío dado a lo masculino. Las relaciones

entre hombres y mujeres han sido marcadas históricamente desde este plano desigual. Solo recordar mi primer libro de lectura *Paco y Lola*: “Mamá amasa la masa y papá lee”; ¡no había más que decir!, el rol de la mujer estaba bien definido. Recuerdo que hasta estábamos divididos en la lista de clase: los hombres alfabéticamente ordenados, siempre se ubicaban de primeros, y luego, de la misma forma, seguíamos las mujeres. Así niños y niñas, no le veíamos ningún problema y lo asimilábamos inconscientemente como parte de la cotidianidad.

Por suerte, a pesar de lo que yo veía a mi alrededor, en mi familia las cosas no sucedían así, ya que mis padres (ambos maestros de escuela primaria) trabajaban por igual; nosotros: mis cuatro hermanos y yo, siempre crecimos reconociendo el esfuerzo que realizaban en equipo para darnos lo que se requería; ya desde entonces yo aprendí que los hombres también debían compartir los quehaceres del hogar, y que tenían emociones al igual que nosotras las mujeres, al ver a mi padre derramar lágrimas por algún acontecimiento familiar, como cuando murió su madre. Los hombres también lloraban cuando se lo permitían, de eso estaba convencida.

POCO A POCO LAS CONCEPCIONES SE VAN TRANSFORMANDO...

El siglo XX marcó un momento clave en la historia de la humanidad, y a mí, por suerte, me tocó vivir este cambio. Muchas mujeres se concientizaron de su condición de igualdad, por medio de la desconstrucción del paradigma personal, y en este proceso han empezado a tomar posiciones estratégicas, no solo en campos reservados al hombre en otros momentos de la historia, sino en espacios como la ciencia, donde los hombres mantenían cierta exclusividad.

Hoy escuchamos que existen reconocidas científicas que realizan importantes trabajos, hasta mujeres presidentes de naciones. Lo femenino atraviesa todos los quehaceres y las mujeres

debemos entender esto, de-construyendo lo que por tanto tiempo hemos aprendido sobre el lugar que nos corresponde. Hacer visibles a las mujeres donde no están: es tarea de todas y todos.

En la cultura occidental, algunas mujeres han llegado a ocupar un lugar de igualdad con los hombres, en relación con los derechos sociales, legales y políticos; y esto a partir de la lucha, inicialmente dada por un grupo de mujeres, que en su lenguaje reflexivo, nos hicieron reconocer a muchas, la realidad que nos oprimía; y así abrieron puertas para dar a la mujer la posición que le correspondía, como persona con derechos y deberes iguales que el hombre, y con la libertad de tomar sus propias decisiones sobre ella misma.

¿HAN REALMENTE CAMBIADO LAS COSAS?

A pesar de los esfuerzos emprendidos, aún se observan, en algunos espacios, la permanencia de comportamientos discriminatorios en niveles de comunicación: verbales y no verbales, donde el hombre no quiere ceder terreno. Este fenómeno se evidencia en Costa Rica, por ejemplo, con el incremento a lo largo de los años de violencia física y psicológica contra las mujeres.

El número de femicidios es alarmante, basta con abrir las páginas de algunos medios escritos para darse cuenta de esta situación, ya que son pocas las ocasiones que un acto de violencia contra una mujer no acapara los titulares.

No solo esta forma de agresión se manifiesta contra las mujeres, sino se presenta también contra grupos étnicos, religiosos, de diversidad y otros, a los cuales, el común de la sociedad considera diferente, o las relaciones de poder, miran como grupos inferiores sin darles el lugar que les corresponde por derecho.

Se observa en la red de interconexiones: control de unos seres humanos por encima de los otros. En algunos casos, no se reconoce la humanidad del otro, no hay solidaridad, tolerancia, amor por la otredad; esto a causa de los deseos egocéntricos

y racionalidad dominante faló y logó céntrica, que constituye la base del discurso patriarcal, que aún se refleja en las relaciones de poder entre los géneros y clases sociales, y las formas de discriminación ilimitada que este implica.

Esta diferenciación se mantiene en muchos casos como un principio organizador de las interacciones sociales y las relaciones existentes entre los sexos. Todo desde mi perspectiva, a consecuencia de una observación superficial de la conducta humana, la cual se cierra en muchos casos ante la posibilidad de encontrar patrones de androginia entre los seres humanos, que les permitan experimentar sentimientos o conductas adscritas particularmente a uno u otro sexo.

Hombres y mujeres tenemos características femeninas y masculinas, que nos convierten en criaturas extraordinarias, pero erróneamente las mujeres hemos reprimido algunas de ellas por temor a ser tildadas de poco femeninas, y de igual forma ha ocurrido con los hombres; basta solo con preguntar a algunos(as) sobre las diferencias que reconocen entre hombres y mujeres: la respuesta gira más sobre aspectos biológicos o roles preconcebidos para ambos.

Las mujeres podemos realizar tareas que han estado reservadas a los hombres, como el desempeñar labores de electricistas, mecánicas u otras en esa línea de trabajo; los hombres pueden dedicarse a otras que antes se pensaban exclusivas de mujeres, como especialistas de belleza, o encargados de las labores del hogar. Los hombres tienen también características que comparten con las mujeres, como el gusto por la cocina, la jardinería, etc. Por otra parte, algunas mujeres también tienen preferencias por actividades reservadas a los hombres en otros tiempos, como los deportes de riesgo, fuerza física, como el boxeo; gustos que estaban asociados a un sexo u otro.

Esto ocurría así, según J. Fernández (contenido en García, 2003, p.60), porque los roles o atributos

adscritos y prescritos a uno y otro sexo, fruto de la reflexión y conveniencia humana, estaban estereotipados por la ceguera androcéntrica de algunos testarudos que no querían mirar más allá de las diferencias para encontrar los puntos de convergencia.

¿PERO QUÉ SE PUEDE HACER ANTE ESTA REALIDAD QUE DIVIDE?

Para alcanzar este propósito se necesita ver, de forma trans-disciplinaria, la realidad, donde hombres y mujeres trabajen para desarrollar



Imagen 3. Necesidad de aprender a convivir con respeto de género. Mujeres corriendo en un lugar de Alto Villegas, San Ramón, Alajuela, Costa Rica (Guzmán, N. Luis Esteban, 2012, foto inédita).

una actitud, desde los innumerables ángulos de la vida que les toca vivir, donde ninguno está subordinado al otro, sino que se complementan y aportan habilidades mutuas.

Debemos pues buscar un nuevo modo de relación de género. De cooperación y respeto entre los seres humanos, como lo llama Eisler (2006). Dar una dimensión ética a la convivencia humana. Valorando el placer de compartir el amor que nos creó y rescatando así los valores de la cultura matrística (pre-patriarcal), que fundamenta las relaciones de colaboración, aceptación, ayuda, confianza, convivencia, acuerdo y del compartir la belleza y armonía que nos rodea en este jardín multicolor y multiforme, donde un día fuimos puestos todos/as por nuestro hacedor.

Debemos ejercitar el aprender a vincularnos, religarnos con los demás, antes que el ponernos por encima de ellos o ellas. Fortaleciendo el modelo solidario de convivencia; dando así cabida al reemplazo de los valores androcáticos por los valores que implican: altruismo, solidaridad, compasión, moral, ética, espiritualidad, entre otros.

Hombres y mujeres trabajan haciendo ciencia y construyendo juntos conocimiento, por el bien común, a través de su complementariedad dentro de la red que forma el cosmos, para lograr la constitución de una sociedad solidaria, donde la diversidad no equivale a inferioridad o superioridad, sino que es un complemento. Reconociendo en las relaciones nuestra unicidad

con la madre naturaleza, como requisito para la propia supervivencia.

¿Y CÓMO LOGRAR ESTA CONVIVENCIA?

De acuerdo con mi opinión, esto se logra a partir del enseñar a los seres humanos a observar con un sentido nuevo, desde una cosmovisión integradora. Es necesario, por lo tanto, que se plantee un nuevo paradigma más holístico y ecológico, donde se vea lo femenino y masculino, como dice Díaz (2006), como un todo complejo y unido, que hombres y mujeres no sean encasillados por sus diferencias biológicas, sino que se sientan libres de experimentar y vivir sus sentimientos y emociones.

Considero que este proceso debe iniciarse desde las primeras etapas de vida, porque es en este momento que se están construyendo las consciencias y en donde todavía los seres no están acostumbrados a hacer diferencias de ningún tipo.

El desarrollo de un aprendizaje significativo le permitirá a hombres y mujeres: abrirse a los sentimientos altruistas que conlleva el verdadero amor, donde la otredad se funde en un nosotros(as) al unísono, sin importar su género, cultura, pensamiento o preferencia sexual. En esta acción se traspasan las murallas de la incomprensión, al utilizar un prisma diferente para mirar el jardín, llamado planeta Tierra, donde caminamos y convivimos con la misma naturaleza que nos fue dada de regalo.

Sí, es cierto, la educación en algunos casos, ha fortalecido ciertos patrones sexistas, que generan desigualdad de género, pero es un hecho que la misma educación puede también generar un cambio. Hacia ese rumbo me quiero encaminar desde mi labor como docente de la Universidad de Costa Rica. Aspiro, por lo tanto, a que futuros(as) docentes, que tengo a mi cargo en los cursos de la práctica docente supervisada, aprendan a observar de forma diferente lo que pasa en el contexto áulico, para conseguir, a partir de este

tipo de observación, un aprendizaje personal y con sentido, que les ayude a vivir la vida mejor, y a entender a sus discentes desde otra perspectiva de género, no solo con los ojos de un profesor o profesora regular, sino como partículas que tienen y merecen un lugar especial en el cosmos y que ahora están bajo su cuidado, como diamantes que él o ella debe pulir adecuadamente. Y que una vez conscientes de esta misión, les ayuden también a sus propios(as) estudiantes a comprender: que pueden encontrar características femeninas y masculinas que no deben ocultar, sino más bien fortalecer como herramientas para su realización plena, que como la corriente de un río, deben dejarse fluir y salir de su ser para vivir plenamente. (Ver página 137)

Y así en el mar de la consciencia, a veces agitado por el conocimiento desplegado, me surge esta necesidad de cambiar el cristal con que veo las cosas, y luego compartir esta inquietud interna con estudiantes con quienes tengo contacto en mis clases, porque se hace cada vez más imperante que el futuro grupo de docentes aprendan a realizar en su práctica docente diaria, una observación más integradora. Una observación que les permita ver al ser humano, desde una percepción que incluya valores más éticos, que faciliten el mirar más allá de las apariencias externas de sus discentes, y percibir en la androginia: una ventana que abre las cortinas hacia el entendimiento mutuo de los seres humanos, hombres y mujeres.

En pos de esa dirección quiero caminar, porque me siento comprometida con mi alma femenina y los valores que ella implica, y a la vez, por los valores masculinos que me impulsan muy dentro, a luchar por una sociedad diferente, que puede gestarse. Y así colaborar, con esos hombres y mujeres que tengo en mi aula, a escapar de la única realidad que conocen dentro de la caverna² personal de su cotidianidad, y que en muchos momentos les hace ciegos, sordos y mudos, y de la cual yo comienzo a romper paradigmas para desatarme.

¹ República de Platón. Teoría de la caverna de Platón.



Imagen 4: Consciencia agitada de la autora ante el tema de género. Golfo de Nicoya, Costa Rica
(Guzmán, N. Luis Esteban, 2012, foto inédita).

BIBLIOGRAFÍA

Boff, L., Muraro, R. (2004). *Femenino y Masculino*. España: Editorial Trotta.

Días, C. (2006). *Género y nuevos paradigmas*. Documento introductorio para el Doctorado en Educación. Universidad de la Salle.

Eisler, R. (1996). *El Placer del Sagrado: Nuevos caminos hacia el empoderamiento y el amor*. Volumen II. Chile: Editorial Cuatro Vientos.

----- (2006). *El cáliz y la espada. Nuestra historia, nuestro futuro*. Chile: Editorial Cuatro Vientos.

Freire, M., García, A. (2003). *Desarrollo del género en la feminidad y masculinidad*. España: Ediciones NARCEA.

Harding, S. (1996). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Editorial Morata.

Hidalgo, R. (1992). La Feminidad, la subjetividad y el poder en América Latina. *Revista Reflexiones UCR*. San José, Costa Rica.

----- (2004). La otredad en América Latina: etnicidad, pobreza y feminidad. *Revista Académica Boliviana*. Vol 3, número 9.

Kosco, B. (1999). *El Futuro borroso: de una sociedad y ciencia al cielo en un chip*. Barcelona: Editorial Crítica.

Morín, E. (2006). *El método 6*. Madrid: Cátedra.

Novo, M. (2007). *Mujer y Medio ambiente: los caminos de la visibilidad*. Madrid: Catarata.

FOTOGRAFÍAS

Guzmán Navarro, Luis Esteban. (2012). Fotos inéditas.